

Respetamos su silencio, aunque lo lamentemos. Y aún no perdemos la esperanza de que, lúcido y joven, en la proximidad de sus ochenta y dos años, cualquier día nos obsequie en el beneplácito anuario *Estudios Mindorienses* o donde él quiera con la semblanza de los últimos obispos de Mondoñedo. De los que, como de los Savaricos, los Rosendos o Arias Peláez sabe más que nadie.

Concluimos felicitando al ilustre deán emérito mindoriense por su acabada obra y a la historiografía eclesiológica, tan necesitada de trabajos como el que acabamos de comentar.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA

**Enrique Berzal: VALLADOLID BAJO PALIO.
IGLESIA Y CONTROL SOCIAL EN EL SIGLO XX**

Mis amables lectores ya tienen conocimiento de alguna otra obra de este vallisoletano de 1972 que he reseñado en estas páginas, dejando constancia de mi poco entusiasmo por el joven aficionado a la historia, aunque tenga un doctorado en esa ciencia. Para quien lo haya olvidado, es el autor de aquella genialidad según la cual los candidatos al episcopado se sometían por los obispos al juicio del alcalde de la localidad. Aunque no precisa si al de la ciudad donde tenía su sede el obispado, el de la capital de la provincia o al de todos los pueblos de la diócesis reunidos. Pues me temo que este librito, de poco más de ciento cincuenta páginas de texto —las demás son el prólogo, absolutamente prescindible, la bibliografía y el índice ono-

(*) Ámbito, Valladolid, 2002, 203 págs.

mástico—, no va a mejorar el concepto que se pueda sacar de Berzal de la Rosa. Dejemos constancia de otra perla berzaliana. En Valladolid, ocurría la siguiente originalidad: "Entre los casi 77.000 vallisoletanos censados en 1920 abundaban las mujeres, los jóvenes y los solteros" (pág. 24). Cuando la esperanza de vida es baja, en la ciudad castellana, como en cualquier otra de mundo, abundan los jóvenes. La abundancia de éstos implica, a su vez, la de los solteros como consecuencia natural. Lo que ya me parece más chocante es lo de la abundancia de mujeres que, salvo tras una guerra, suelen alcanzar una cifra parecida a la de los hombres. Constatación, pues, absolutamente impertinente.

Las páginas 15-72 reflejan la situación previa a la guerra de 1936 y muestran como los católicos se defendían de las agresiones que sufrían del modo que les era posible. Por supuesto que era la tradición contra la modernidad, con lo que fácilmente se infiere que era lo malo contra lo bueno. Naturalmente, desde "los tópicos escolásticos y antiliberales tan frecuentes en la formación eclesiástica de la época" (págs. 48-49), porque lo normal, según este genio, debería ser que la Iglesia actuara desde presupuestos krausistas o marxistas. Y con un prelado alineado en el reducido bando tedeschinista-vidalista pues esa era la ubicación de Gandasegui. Los católicos vallisoletanos hicieron lo que pudieron, que no fue mucho. Y así se llegó al 18 de julio de 1936. Son páginas mucho más estúpidas que sectarias. Y esto lo digo en honor del Sr. Berzal. Y con algún dato interesante pues es trabajador. Pero, interesante dentro de ese mínimo interés que suele tener, con contadísimas excepciones, la historia local. Hemos pasado de los historiadores marxistas a los localistas. Con mi total oposición a los primeros, creo que hemos perdido. Leyendo a un historiador marxista y aplicándole el coeficiente de corrección correspondiente podemos conocer la historia. Con los localistas, ya lo he dicho en alguna ocasión, conseguimos saber como se llamaban cada una de las ovejas que en marzo de 1827 tenía el tío

Eufrasio en San Serenín del Monte de Abajo o con quién se había casado la prima de la cuñada del alcalde de Vallespinilla de Enmedio en 1902, alcalde que, como todo el mundo sabe, era Tiburcio Cebollete. Palabra de honor que echo de menos a los marxistas.

Y llegamos a la fecha clave. El 18 de julio de 1936, "recibido por los vallisoletanos con inusitada alegría" (pág. 69). No estoy alterando ningún texto. No dice "por los asquerosos fascistas vallisoletanos", ni "por los fascistas vallisoletanos", ni siquiera "por los católicos vallisoletanos". Hombre, tampoco hay que exagerar. Pienso que en los "paseados", que los hubo, y en sus familias, habría menos alegría. Pero bueno, de Valladolid, Berzal sabe mucho más que yo.

Ya me parece más "marxista-localista", porque cabe la conjunción de ambas historiografías, el que los que conspiraban en Valladolid, preparando el Alzamiento, se reunieran "en pisos de latifundistas vallisoletanos" (pág. 74). No se me ocurre negar que en algún piso de alguno de ellos hubiera alguna reunión, como quizá la hubiera también en el piso de Onésimo Redondo, que no era un latifundista, y en otros de la clase media. Pero no, Berzal, para preparar el Alzamiento, porque nadie en Valladolid, salvo en las salas de banderas, conocían el día ni la hora. Ni siquiera lo que se estaba preparando. Así que, menos lobos, Caperucita. Que los católicos se entusiasmaron con la noticia y que acudieron presurosos a donde se les ocurrió es otra cosa. Me parece muy interesante, y lógica, la reacción de los Sindicatos católicos (pág. 75). Es decir, de los obreros católicos. Que seguramente se reunirían también en los pisos de los latifundistas. Aunque me apresuro a reconocer que eso no lo dice Berzal. Los textos de Gandásegui, que había salvado milagrosamente la vida pues el Alzamiento le encontró en su País Vasco natal, son verdaderas arengas. Su admiración por Vidal y Barraquer había desaparecido totalmente.

La depuración de maestros (págs. 79-81) es descrita con imparcialidad. El expurgo de bibliotecas me parece una sandez y, como los libros no sufren —y habría que ver cuántos serían los reprobados, pienso que escasísimos pues escasísimos serían los existentes— no me extenderé en esta labor “desinfectadora” (pág. 81). Modas, bailes..., no me parece tampoco que debamos extendernos en ello. Y siempre me pareció estúpido sacar de su tiempo las cosas de ese tiempo. El bañador más honesto que hoy se pueda encontrar en una playa sería un horrible escándalo en 1900. Y sería lógico que en 1900 se protestara de ello. Y es estúpido que hoy nos escandalicemos por tal escándalo. Y del cine podemos decir lo mismo.

La oposición de la Iglesia a las pretensiones totalitarias de Falange está apuntada (págs. 91-92, 113-115, 132-141), creemos que algo cicateramente pues posiblemente ese rechazo impidió desde el principio, un nazismo español. Ya posteriormente, me parecen los últimos coletazos de quienes, por un momento, se creyeron que iban a dominar la situación desde mimetismos foráncos y comprobaban que el tinglado se venía abajo. De algunos encontronazos locales, pocos, da cuenta Berzal. Los párrafos del Laín falangista (pág. 133) son curiosos. Y los antifalangistas del arzobispo vallisoletano una prueba más de las carencias de Berzal. Dio este aguerrido muchacho con la relación de la visita *ad limina* de García y García en 1942, en la que no quedaba muy bien parada la Falange y sus pretensiones totalitarias, y cree Berzal que los desahogos del prelado se produjeron porque “sólo le oía el «Santo Padre»” (pág. 134). Aparte de que entrecomillar Santo Padre, el modo habitual con que los católicos llaman al Papa, puede significar un estúpido distanciamiento del autor, lo de creerse que el Pontífice, a solas con cada obispo que acude a Roma en la obligación quinquenal de la visita *ad limina Apostolorum*, les escucha la lectura de la relación que llevaban preparada para los correspondientes organis-

mos de la Curia romana, demuestra solamente una ignorancia supina.

El apellido del marqués de Vivel, es Agulló y no Aguyó (pág. 99). Y ahora otra de esas genialidades a las que Berzal no tiene acostumbrados. Era arzobispo de Valladolid, por los años cuarenta, Don Antonio García García. En 1944 clausuró solemnemente la XI Asamblea General de la Confederación Católica de Padres de Familia con un discurso realmente memorable de resonancias proféticas. Le preocupaban al prelado el cine y el teatro por sus repercusiones en la moralidad pública. Hasta aquí nada que objetar. Pero, ¡oh sorpresa!, la *telebasura* estaba también en la mente y en la preocupación de tan celoso y adelantado pastor. ¡En 1944! Comprendo que les cueste trabajo creer en tanta anticipación episcopal. Pues, ahí va la cita: "El discurso del arzobispo Antonio García y García, aun sin descuidar las referencias a la recristianización de la familia y a la protección de la moralidad pública en el cine, teatro y televisión ..." (pág. 102).

Es muy fácil hacer caricatura de lo que fue en el pasado régimen la censura en cuestiones morales o lindantes con la moral. No voy a defender excesos indudables y algunos verdaderamente grotescos. Pero también es grotesco este párrafo de Berzal: "El rotativo (se refiere al *Diario Regional*) recordaba que autores como Unamuno, Nietzsche, Dumas y Ortega y Gasset estaban en el *Índice de Libros Prohibidos* por incompatibilidad de sus opiniones con las de la doctrina católica, y que era menester eclipsarlos con literatos y pensadores de la talla de Menéndez Pelayo, Vázquez de Mella, Rosario Pereda, Nocedal y Tamayo" (pág. 117). Yo no sé si el periódico decía eso pero lo que parece cierto es que Berzal, al reproducirlo, no tiene ni idea de lo que hacía. Porque Ortega no estuvo nunca en el *Índice* y lo de Rosario Pereda es ya de aurora boreal. Y realmente grave que el vallisoletano desconozca la existencia de aquel gran escritor santanderino que fue José María Pereda.

Lo demás, de escasisimo o nulo interés. Sin que queramos asegurar que lo tuviera demasiado lo hasta ahora referido. Las preocupaciones de los arzobispos de Valladolid y de los Padres de Familia de familia de la archidiócesis ante la situación de cada momento aburre por su reiteración en el relato y la poca gracia del relatante, que cree asegurarla por su contraposición a las modas de hoy día. Y todo teñido siempre por lo que parece una incapacidad congénita en Berzal: remontarse de la anécdota a la categoría. Protestaba alguien —qué más da quién, aunque el autor lo nombre, al gobernador civil, qué más da quién, aunque el autor lo calle—, de la oscuridad en las salas de fiestas. Yo no sé si algún cartujo, ingresado en la cartuja a los doce años, si es que ello fuera posible, ignora los peligros, o las conveniencias, según se mire, de la oscuridad. Estoy seguro de que todos mis lectores lo entienden perfectamente. Pues, Berzal, no. Aquella falta de luz, "pásmense, invitaba a la concupiscencia" (pág. 174). Pues claro que nos pasamos. Porque de todos es sabido, salvo de Berzal, que la falta de luz en discotecas, salas de fiesta y otros lugares similares está buscada para poder rezar, con más devoción y recogimiento, el Santo Rosario. ¿Vale la pena seguir? Creemos, sin duda alguna, que no. Y creemos también que puede ser norma de higiene intelectual, y de higiene católica, prescindir de los libros de Enrique Berzal de la Rosa. Alguien me dijo, me parece recordar aunque no lo aseguro, que era el discípulo amado del historiador Laboa. Si así fuera, señor Laboa, dedíquese a cultivar patatales porque los berzales no dan ni berzas.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOSA